

2-29-2016

## Al filo de la muerte

María Elena Llana

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

---

### Recommended Citation

Llana, María Elena. 2016. Al filo de la muerte. *Revista Surco Sur*, Vol. 6: Iss. 9, 7-8.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.6.9.6>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol6/iss9/7>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact [scholarcommons@usf.edu](mailto:scholarcommons@usf.edu).

María Elena Llana

# A l filo de la muerte

No siempre un ladrón puede ser considerado un enemigo, siquiera sea circunstancial. En el caso de que usted se sienta cansado, desengañado, traicionado, ignorado, desahuciado, insatisfecho de usted mismo —lo que viene a ser el cómputo de los anteriores estados de ánimo, o más bien su causa verdadera—, una entrada furtiva en la casa, insinuada por un torpe tropezón y la instantánea puesta en guardia del gato, resultan el prenuncio de todas las soluciones. O la Solución.

Para evitarse el último agravio, cuando el intruso vislumbra su precariedad económica, usted simulará hacer resistencia y correrá hacia el teléfono —como si no le hubieran cortado el servicio—, mientras lanza improperios al malhechor, haciendo todo lo humanamente posible para que se abalance sobre usted con un soez viejo de mierda y ¡zas!, le aseste el golpe fatal, esperado, deseado, liberador.

Ya con un viejo —obviemos el calificativo—, tirado en el piso, en maltratada ropa interior, con la cabeza rota y sangrante, el hombre solo atinará a irse por donde vino, dejando al gato sin entender nada.

Pero usted sí entenderá. Justo en ese momento, oirá la voz del padre Juan —su maestro de quinto grado—, instruyéndolo sobre el Juicio Particular, el cual se efectúa en el momento mismo de morir y por eso se ha visto a más de una persona confesar sus pecados en un balbuceo, en ese fugaz lapso.

De acuerdo con este precepto, en el llamado postrer instante, usted aún no está del todo muerto, algo le queda por ahí adentro. Y a su mente volverá la teoría de aquel médico devenido profeta de Nueva Era, según la cual el alma se mantiene veinticuatro horas en el cuerpo y él lo constató al ver las muecas de una anciana a quien se le practicaba una autopsia, a todas luces prematura.

Eso, de cierta forma, se aviene con la arraigada creencia campesina, según la cual, cuando el muerto deja dinero enterrado su ánima se queda rondando el lugar... Aunque por supuesto, eso no tiene nada que ver con usted, un hombre de ciudad.

También recordará haber visto por sí mismo, nada de cuentecitos, cómo los sinodescendientes sostienen un funeral inmediato, mientras el espíritu se mantiene en el cuerpo —o por los alrededores—, y después, cada cierto tiempo, repiten sus homenajes ante la foto del fallecido, sin duda para ayudarlo a ganar altura.

No me venga ahora con quisquilloserías, los elogios a la antigua cultura china no se contradicen con el ritual de ponerle comida a los muertos, ¿acaso comer no es una costumbre ancestral? Además, sin duda eso los fortalece para el despegue definitivo.

Usted igualmente recuerda al amigo que al ir envejeciendo se volvió hinduista y vio como a su

Claudio Castillo, Nighth walker



esposa —más bien ex esposa pues ya lo había abandonado—, mientras estaba de cuerpo presente en la funeraria, le salía el último aliento por la chakra de la cocorotina.

No sé si “cocorotina” es la exacta traducción del sánscrito para designar el punto ubicado en lo más alto del cráneo, pero en sus actuales condiciones no debe preocuparse mucho por el idioma... ni por nada.

Sea como sea, en uso del legítimo derecho del fallecido a utilizar todo lo posible el alma que lo ha acompañado desde su nacimiento, usted se levantará, sin preocuparse del charco de sangre ni de otros estropicios dejados por el pobre asaltante; sí “pobre”, porque el infeliz sólo quería rapiñar unos pesos para bebérselos alegremente y por causa de un insolvente como usted, ahora es un prófugo sobrio y triste.

En fin, como pueda, se dirigirá al baño, encenderá la luz, se asomará al espejito sobre el lavamanos y, cuidando de no borrar las huellas del crimen, procederá a afeitarse todo lo concienzudamente que a esas alturas se lo permita el voltaje de su alma. Así, quienes se asomen a mirarlo por la ventanita del ataúd no le notarán demasiado el mal semblante del depresivo.

¿Cómo dice? No, no, el hecho de haberse quedado tan abandonado, tan olvidado —sí, todo eso—, no indica que nadie vaya a molestarse en ir a la funeraria y su capilla se quede patéticamente vacía mientras usted espera el turno para ser despachado —a toda velocidad—, sin flores ni séquito.

¡Qué va! Eso no va a ocurrir, porque una muerte violenta despierta el morbo; la gente acude a ver cuán desfigurada quedó la víctima y en su caso querrán salir de dudas pues no acaban de entender cómo un verdadero asesino se puso a perder el tiempo con un tipo como usted.

Además, piense en la reencarnación —posibilidad en la cual creen millones de personas mucho más cultas que usted—, y dígame si al dejar su actual envoltura física en tan mal estado podrá aspirar a un reciclaje que valga la pena.

Pero sigamos.

Una vez recuperado su rostro de persona decente, pobre pero honrada —una desgracia nunca viene sola—, usted volverá a tenderse en el piso de la sala. No se ponga a buscar su sillón preferido, ni mucho menos vaya a la cama, pues eso dificultaría la labor de los peritos, los pondría sobre pistas falsas, los obligaría a trabajar horas extra. Contétese con haberle arruinado la vida al ladrón, no exagere.

Y cuando apenas le quede una lucecita, un hálito o un remanente de alma por allá adentro, congratúlese. Al menos pudo ver su cara —su, de usted—, bien acicaladita y frente a frente, por última vez.

Sí, por última vez, pues cuando se le abra —metafóricamente—, la cocorotina, o cuando termine el Juicio Particular —algo así como el tribunal de urgencia del más performático Juicio Final—, entonces comenzará el gradual despegue —recuerde el velorio del chino—, y se irá quedando allá abajo, cada vez más lejos, más insignificante, más olvidado, más desahuciado...



Claudio Castillo, Sleeper